

CAPITULO CXXVII.

Tratado de Villafranca.—Muerte del príncipe de Viana.—Guerra de diez años sostenida por los catalanes contra el rey D. Juan.—
Envenenamiento de la princesa D.^a Blanca de Navarra.—Muerte de la reina D.^a Juana de Aragón.—Pierde la vista el rey D. Juan.—
—Sitio de Barcelona.—Sitio de Perpiñan.—Triunfal entrada de D. Juan II en Barcelona.—Su muerte.

La Diputación y el Concejo del Principado catalán, deseosos de llegar á un acuerdo, y devolver la paz á aquel país tan perturbado, presentaron proposiciones al Monarca, siendo las mas importantes de ellas, que hiciera salir de Navarra á la condesa de Foix, que la sucesion del Príncipe en aquel reino quedase asegurada, que se le reconociera y se le jurase como heredero legítimo de los estados de su padre, que se le diese la lugartenencia general con carácter de irrevocable, así como la administracion del Principado, la de los condados de Rosellon y Cerdaña, y que el Rey no pudiera entrar en Cataluña sin el consentimiento de sus habitantes.

Humillantes eran las condiciones, pero es necesario convenir en que el desamor del padre respecto al hijo, la terrible enemiga que le profesaba su madrastra, y el odio que le tenia su hermana la condesa de Foix, contrastando extraordinariamente con las buenas condiciones del Príncipe, habíale atraído las generales simpatías, excitando contra sus perseguidores la popular indignacion.

Hicieronse toda clase de gestiones, empleáronse todos los recursos para evitar el acceder á ellas, pero no hubo otro remedio que aceptarlas, mas con tanta falta de oportunidad ya, que el día antes de que la Reina se decidiese á firmar en Villafranca la aceptacion, el Concejo del Principado despachó cartas á todas las ciudades y pueblos de Cataluña para la proclamacion del Príncipe como primogénito y heredero del reino, la cual se verificó con toda solemnidad en Barcelona á 24 de junio de 1461.

Extraordinariamente contrarió al rey D. Juan lo sucedido, mas no tuvo otro remedio que disimular, é hizo que el convenio de Villafranca se celebrase en Zaragoza con regocijos públicos, pero resuelto á impedir á todo trance el matrimonio de D. Carlos con la infanta D.^a Isabel, hizo detener en Calatayud la embajada que enviaba á Castilla aquel, tanto con objeto de que cesara la guerra sostenida en Navarra, cuanto de ultimar todo lo referente al concertado casamiento.

Entre tanto los reyes de Aragón y Castilla acordaron someter las diferencias al juicio de árbitros, y cuando parecia que la situacion habíase declarado algun tanto á favor del infortunado príncipe de Viana, alteróse notablemente su salud, falleciendo finalmente en 23 de setiembre de 1461, á la edad de poco mas de cuarenta años, dejando por heredera del reino de Navarra á su hermana D.^a Blanca, y sus bienes libres á sus hijos naturales D. Felipe, conde de Beaufort, D. Juan Alfonso de Aragón, y D.^a Ana de Navarra, y á su desnaturalizado padre, una manda de mil florines (1).

Con motivo de la muerte del príncipe apresuróse á que fuese reconocido y jurado en las cortes de Calatayud como heredero del reino, su hijo Fernando, que á la sazón contaba diez años de edad.

Envió despues á la Reina á Cataluña para que el príncipe fuera jurado como primogénito, y aun cuando á esto no opusieron dificultad alguna los catalanes, opusieronla, y muy terrible, á admitir á la Reina en Barcelona, puesto que la consideraban como autora de los anteriores males, y temian la repetición de otros nuevos.

Sin embargo, los partidarios que en la capital del Principado tenia, consiguieron que se la admitiese, y una vez obtenido esto, aquella mujer tan hábil como enérgica, comenzó á trabajar para obtener que se alzara la prohibicion hecha á su esposo para entrar en Cataluña, según lo acordado en el tratado de Villafranca.

Perosi en la Diputación encontró alguna complacencia, toda su habilidad fue á estrellarse ante el inflexible Concejo de los Ciento que se mantuvo en lo acordado.

Entre tanto la desgraciada princesa D.^a Blanca, heredera natural y legítima del reino de Navarra, y objeto del encono de su padre, igualmente que lo fuera su hermano D. Carlos, espiraba en el castillo de Orthez, envenenada por su propia hermana (2), la condesa de Foix, á la cual su padre ofreció la corona de aquel estado, y que habia casado á un hijo con una hermana del rey Luis XI de Francia, el cual con su política astuta y cautelosa habia aprovechado hábilmente las escisiones que mediaban entre los individuos de la familia real de Aragón, para agregar en un plazo mas ó menos lejano la corona de Navarra á sus Estados.

Dada la situacion en que los ánimos se hallaban en Barcelona, no era difícil prever un próximo rompimiento, y temerosa de las consecuencias la Reina, marchóse á Gerona con el príncipe, donde fueron persiguiéndola el conde de Pallás con un cuerpo de milicias, y penetrando en la ciudad, obligaron á la Reina á recogerse en la torre de Gironella desde donde se defendió obstinadamente.

El rey D. Juan, que acudió en su socorro, vióse obligado á retroceder desde Tárrega á Balaguer, y habiéndose puesto en armas todo el Principado, hubiéralo pasado mal la Reina á no acudir en su auxilio el de Francia, enviando setecientas lanzas bajo el mando de su yerno Gaston de Foix, el cual obligó al conde de Pallás á levantar el campo.

Los catalanes hicieron un llamamiento general á todos los hom-

(1) Algunos historiadores suponen que la muerte de este infortunado príncipe fue ocasionada por un veneno haciendo recaer semejante crimen en su madrastra. Dado el carácter y las condiciones de todos los personajes que en este asunto jugaron, no parece inverosímil, pero no lo encontramos plenamente justificado por lo que no nos atrevemos á afirmarlo.

(2) Aleson, *Anal. de Nav.*

bres del Principado de catorce años arriba, y rompiendo por completo la obediencia jurada al rey D. Juan, ofrecieron al de Castilla, como pariente tan próximo de Fernando I de Aragón, la investidura del condado de Barcelona, investidura que antes habian ofrecido al rey de Francia, pero que como hábil político este, se guardó bien de aceptar.

El castellano envió sus embajadores á Barcelona para que presen-tasen y recibieran los juramentos acostumbrados, lo cual tuvo lugar en 3 de noviembre de 1462.

Con este apoyo, cobraron mayores bríos los catalanes; el rey don Juan, cediendo á los deseos de los franceses, que se hallaban sedientos de botín, accedió á poner cerco á Barcelona.

Diez mil soldados llevaba el de Foix; cinco mil eran los defensores que en la capital del Principado existian, mas sin abatirse por esto, de tal modo supieron resistir, que aquellos hubieron de levantar el cerco, vengándose en la desdichada Villafranca que fue tomada por asalto y degollados, cuatrocientos hombres que se refugiaron en la iglesia.

Aprovechándose de semejante estado el rey de Francia, atendiendo únicamente á su propio interés, apoderóse del Rosellon y de la Cerdaña, objeto de sus deseos.

El rey Enrique IV de Castilla, voluble como siempre, é inconsecuente en todos sus tratos, abandonó á los catalanes los cuales buscaron nuevo señor en el infante D. Pedro, condestable de Portugal, que era nieto del conde de Urgel, puesto que cada vez mas resueltos á combatir á su antiguo señor, ni se intimidaban por los aprestos que este hacia, ni se hallaban dispuestos á ceder.

De esta manera, y por espacio de diez años, sin abatirse un momento, sin menguar en bríos, mas tenaces cuanto mas adversa se les mostraba la fortuna, sostuvieron una lucha desesperada, confirmando la investidura del Principado á Juan, duque de Lorena, despues que hubo muerto el infante D. Pedro, y cediendo únicamente al cabo de aquel tiempo, por la muerte del de Lorena, imponiendo condiciones al rey D. Juan, que este, admirando el valor de los catalanes, y deseoso de poner término á tan desastrosa y dilatada contienda, aceptó, penetrando en Barcelona al frente de su ejército.

En este intermedio, el conde de Foix, ya declarado enemigo de su propio suegro, habia tratado de apoderarse de Navarra; su primogénito D. Fernando, habia contraído matrimonio con la infanta D.^a Isabel de Castilla, hermana de Enrique IV, según en otro lugar verémos; habia fallecido la reina D.^a Juana Enriquez, dejando un gran vacío en la existencia de su esposo, pues, á pesar de la persecucion de que hizo objeto á su enenado, no se le pueden negar grandes cualidades para los negocios políticos, siendo extremadamente «apta para los manejos diplomáticos, y hasta para las combinaciones de la guerra (1).»

Tambien durante estos diez años el anciano Monarca sufrió la pérdida de la vista, devolviéndosela poco despues en Lérida un médico hebreo que le batió las cataratas, operacion maravillosa, teniendo en cuenta el estado de la ciencia en aquella época (2).

A pesar de sus setenta y cinco años, y cuando parecia que el Rey conseguida la posesion de Barcelona, único punto en que se reconcentrara la insurreccion, se entregaria al reposo, al séptimo día salió de la capital del Principado para emprender una nueva campaña, á fin de recobrar los condados de Cerdaña y del Rosellon que, como hemos indicado, estaban en poder del rey de Francia.

En terrible aprieto se vió el Monarca aragonés encerrado en Perpiñan, y cercado por un ejército de treinta mil hombres bajo el mando de Felipe de Saboya. Pero de tal modo supo sostenerse, que dió tiempo á que llegaran los auxilios que sus reinos le enviaban, y merced á estos y á las enfermedades que se desarrollaron en el campamento francés, consiguió que se levantase el cerco, ajustándose en octubre de 1473 un tratado por el cual el de Aragón conservaba el señorío de los dos condados, pagando al francés trescientas mil coronas por el sueldo de la gente que le ayudó en la guerra de Cataluña.

De vuelta á Barcelona á ruegos del Consejo de Gobierno, verificó su entrada triunfal en un carro cubierto de terciopelo carmesí, bordado de oro, y tirado por cuatro caballos blancos, yendo el anciano Monarca sentado en su silla real debajo de un pábilo, llevando á sus lados los embajadores y principales caballeros, y siendo recibido por el clero que acudió procesionalmente á este acto.

No tardó mucho en romper el francés el tratado, y por tercera vez pusieron cerco á Perpiñan, y no pudiendo D. Juan II acudir en su auxilio, hubo de rendirse, ajustándose despues una nueva tregua desde el mes de noviembre de 1473 hasta julio del siguiente año.

En 19 de enero de 1479, á los ochenta y dos años de edad, falleció el monarca aragonés en el palacio episcopal de Barcelona, habiendo quedado tan pobre un rey que llegó á ceñir hasta siete coronas, que hubo necesidad de vender el oro y la plata de su recámara para poder costear sus exequias, y socorrer á sus criados.

(1) Lafuente, *Hist. España*, part. II, lib. III.

(2) Alonso de Palencia, *Ubi sub. Lucio Marínico, Cosas Memorab.*



D. ENRIQUE IV, EL IMPOTENTE.

Wier, *Eden, Barcelona, Bohrer 24 y 25*

CAPITULO CXXVIII.

Breve reinado de la condesa viuda de Foix en Navarra.—Enrique IV el Impotente.—Sube al trono de Castilla.—Su matrimonio con D.^a Juana de Portugal.—D. Beltran de la Cueva.—Fundacion de San Jerónimo del Paso.—Disgustos y resentimientos de los nobles castellanos.—Entrevista de los reyes de Francia y de Castilla.—Tratado del Bidasoa.—Nacimiento de la princesa D.^a Juana, denominada la Beltraneja.

LA corona de Navarra recayó en la condesa D.^a Leonor, viuda del conde de Foix, aquella que tan cruelmente había perseguido á sus dos hermanos, el desdichado príncipe de Viana y D.^a Blanca, viendo al fin satisfecha su ambición, aun cuando á costa de la muerte de aquellos desgraciados príncipes.

Pero si grandes esfuerzos había hecho para obtener aquella corona, brevísimo fue el tiempo que la disfrutó. La justicia divina no podía permitir el triunfo del crimen, y un mes escaso pudo disfrutar del trono la que por tan reprobados medios subiera á él.

A su muerte, sucedióla en el reino de Navarra su nieto Francisco Febo ó Phebus, hijo del difunto Gaston de Foix y de una hermana del rey de Francia.

Ahora nos toca retroceder, siguiendo el plan que nos hemos trazado, al objeto de poder terminar con el reinado de D. Enrique IV de Castilla, el período de separación, por decirlo así, de los Estados españoles, á fin de proseguir la marcha general de nuestra historia, desde el momento en que la unión de todos ellos fue ya un hecho consumado.

El mal estado en que quedara Castilla á la muerte del rey don Juan II, hizo que el advenimiento de su hijo fuera considerado hasta con alegría, creyendo que á nuevo rey emprenderíase nueva marcha en el gobierno, y que quizás durante algunos años pudieran disfrutarse un período algo mas ventajoso que el que acababa de espirar.

Desgraciadamente ninguna de estas esperanzas se realizó. Es verdad que en el primer momento perdonó á cuantos habían tomado parte en las pasadas rebeldías, restituyéndoles sus bienes y dictando algunas otras medidas beneficiosas, y en la reunión de cortes que tuvo en Cuellar, manifestó sus propósitos de hacer la guerra á los infieles, en virtud de lo cual, dejando por gobernador del reino al arzobispo de Toledo y al conde de Haro, dirigióse hácia Andalucía en la primavera siguiente, de 1453, al frente de un ejército numeroso, en el cual figuraba un cuerpo escogido de tres mil quinientas lanzas, mandado por jóvenes de la primera nobleza que constantemente habían permanecido al lado del Rey que era su jefe, por lo cual se les denominó *Continuos del Rey*, creyéndose por algunos historiadores, que esta fue la primera creación de un ejército permanente.

Toda la nobleza de Castilla asistió á esta campaña que no respondió por ningún estilo á lo que tenía derecho á esperarse, tanto de los grandiosos aprestos hechos para ella, cuanto por la calidad de las personas que comandaban la expedición.

El monarca comenzó á dar muestras de su debilidad ordenando, apenas hubieron llegado á la vega de Granada, que procuraran evitarse todos los encuentros con el enemigo, concibiéndose por algunos nobles el proyecto de apoderarse de la persona del Rey, lo cual sabido por este, obligóle á retirarse á Córdoba, y desde allí á Madrid.

Al año siguiente tornó de nuevo á talar la vega granadina, pasando los inviernos en Madrid y sus alrededores, entreteniéndose en cacerías que constituían su diversion predilecta.

La muerte de Garcilaso de la Vega, ocurrida en 1457, pareció sacarle algun tanto de la circunspeccion hasta entonces usada por él, ordenando en venganza de aquella, que se talasen todos los campos, tomándose por fuerza de armas la villa y fortaleza de Gimena, con lo cual obligó al emir, Aben Ismail, á firmar una tregua, mediante un tributo de doce mil doblas anuales y el rescate de seiscientos cautivos cristianos.

Conforme habían ido transcurriendo estos años, habíanse ido amortiguando las esperanzas concebidas respecto al monarca, llegando á ser menospreciado por aquella nobleza que no se inclinaba ni respetaba mas que á la fuerza y tenido en poco, hasta por sus mismos soldados.

Deseoso el monarca de obtener sucesion directa, contrajo nuevas nupcias con D.^a Juana de Portugal, hermana del monarca de aquel reino, la cual reunía á todas las gracias de la juventud, una viveza de ingenio extraordinario.

En mayo de 1455 celebráronse en Córdoba los desposorios, distrayéndose muy pronto el monarca, siguiendo las licenciosas costumbres contraídas en sus primeros años, con los amores de una dama portuguesa que venía entre el séquito de su esposa, llamada D.^a Guiomar, abandonando por ella la juventud y la hermosura de la joven reina, llegando á tal extremo el vergonzoso alarde que de sus amores hacia, que segun las crónicas, la misma reina, no pudiendo tolerar tan vergonzosa falta de recato, vióse obligada un día á vengarse, cogiendo por el cabello á D.^a Guiomar, arrastrándola por el suelo y golpeándola violentamente, por lo cual el monarca la sacó de Madrid llevándola á una posesion situada á dos leguas de aquella villa (1).

A su vez la reina comenzó tambien á separarse de la verdadera senda de sus deberes, contribuyendo tal vez para ello el abandono en que su mismo esposo la dejara, señalando poco despues toda la corte como el favorecido galán, á D. Beltran de la Cueva, apuesto

(1) Castillo.—Cron. Alonso de Palencia tambien está conforme en la relacion de estos vergonzosos devaneos.

y gallardo caballero que disfrutaba ya de la confianza y del favor del Rey, quien de page de lanza le había hecho su mayordomo mayor.

Con motivo de haber enviado el duque de Bretaña una embajada á D. Enrique, sostuvo el joven y favorito, D. Beltran, un paso de armas en el camino que desde Madrid conduce al Pardo, en el lugar conocido hoy bajo el nombre de Puerta de Hierro, que consistía en que todos los caballeros y gentiles hombres que por aquel sitio pasaran, no podían proseguir su camino sin hacer seis carreras con él, y los que no quisieran justar, habían de dejar en prendas el guante derecho.

D. Beltran solo, defendía contra todos ellos la belleza sin par de la señora de sus pensamientos, y á pesar de no haber revelado su nombre, todo el mundo sospechó que aquel paso se hacia únicamente en honra y prez de la reina.

A consecuencia de este paso, el Rey mandó erigir en aquel sitio un monasterio, el cual se denominó de San Jerónimo del Paso.

De este modo, honrando el monarca á quien así le deshonraba y confiriendo las primeras dignidades del reino á personas de humilde origen, solo conseguia irritar á los antiguos nobles y crear ambiciones nuevas que mas tarde habían de acarrearle disgustos de gran consideracion.

Entre los personajes destinados á jugar un papel muy importante en este reinado, debemos citar al marqués de Villena, D. Juan Pacheco, de quien hablamos ya en el reinado de D. Juan II, como colocado junto al príncipe por D. Alvaro de Luna, al objeto de tener una hechura suya en aquel puesto, pero D. Juan Pacheco comenzó siendo desagradecido con su bienhechor, para serlo tambien mas tarde con el mismo monarca.

«Ni vengativo ni violento, pero disimulado y astuto, atento siempre á su interés, pero paciente para esperar su ocasion, imperturbable en los reveses y hastante sereno para no aventurar nunca en una hora lo que le había costado muchos años adquirir, dulce y afable en su trato, fácil en acomodarse á los tiempos pero perseverante en sus designios, en política era tanto mas temible cuanto era mas sagaz, avieso y torcido (1).»

Tal es la descripción que hace un historiador contemporáneo del personaje que nos ocupa, y fácilmente puede comprenderse por todo ello, lo de temible que tenía D. Juan Pacheco. Este y su tío, el arzobispo de Toledo, D. Alfonso Carrillo, comenzaron á mostrar hostiles al monarca, aun cuando sin romper abiertamente con él, y cuando en 1460 la conspiracion de los magnates castellanos contra el monarca, tomó cuerpo con la ayuda del rey D. Juan de Aragón, que subió al trono por fallecimiento de su hermano, D. Alfonso, segun dijimos en otro lugar, el de Villena tuvo arte suficiente para evitar todas las sospechas que respecto á él se hubieran concebido, afirmándose mas en su privanza, procurando que se separase de la conjuracion su hermano, el maestre de Calatrava.

A consecuencia de esta conspiracion verificóse la alianza del rey de Castilla con el príncipe de Viana de que ya hemos hablado en otro lugar, ofreciéndole la mano de su hermana, la infanta doña Isabel, y protegiendo á los catalanes que, como sabemos, se declararon en favor de aquel.

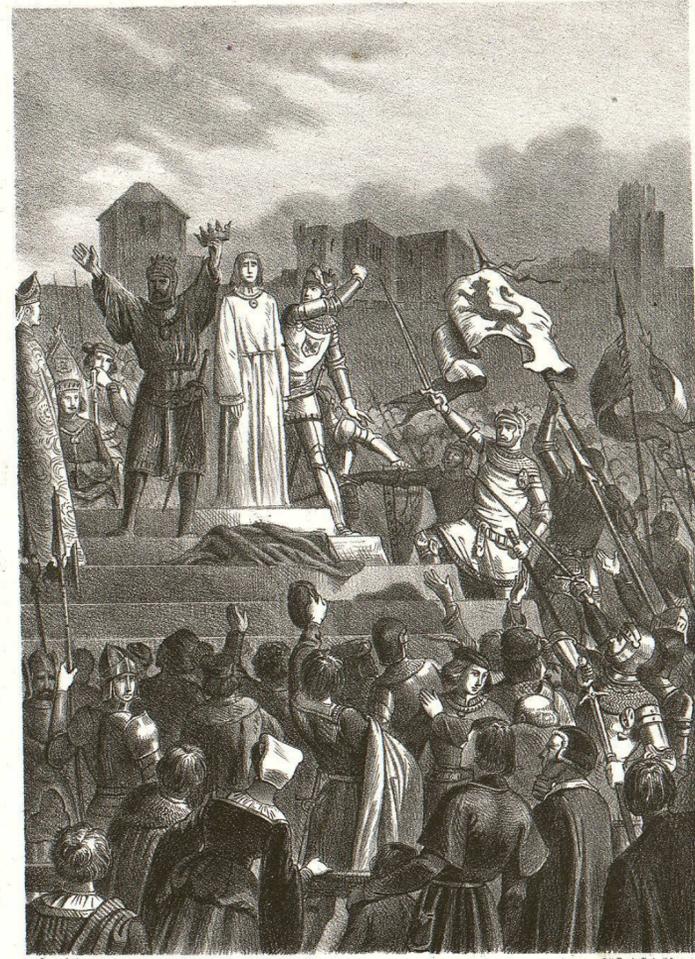
Necesario es convenir, que como dice muy oportunamente un historiador de nuestros dias, otro monarca que no hubiese sido don Enrique, hubiera podido sacar gran partido de las ocasiones con que le brindaba la fortuna, pues tanto por la renuncia que en él hizo, olvidando pasadas ofensas su repudiada esposa, D.^a Blanca de Navarra, cuanto la oferta hecha por los catalanes de la corona del principado, fueron acontecimientos de que pudo obtener un gran medro y gloria, pero desgraciadamente las desperdió, y la entrevista que tuvo con el rey Luis XI en las márgenes del Bidasoa entre Fuenterrabia y San Juan de Luz en mayo de 1463, entrevista de la cual en virtud de la sentencia arbitral del monarca francés, acordóse que el castellano retirara las tropas que tenía en Cataluña, recibiendo en cambio la ciudad de Estella y su merindad, en Navarra, por los gastos de la guerra, acabaron de descontentar no solamente á los catalanes y navarros, si que tambien á los castellanos que veían lo lastimado que quedaba el honor de su nacion y tan abatida la honra de aquel Rey, que no vacilaba en sacrificar de tan indigna manera los intereses de su reino.

Cuando D. Enrique volvió á Castilla pudo convencerse de que había sido juguete tan solo de las intrigas de sus magnates, pero ya era tarde para ponerle remedio.

En marzo de 1462, despues de un parto laborioso, dió á luz la reina una princesa, á la que se puso el nombre de Juana, comenzando á circular inmediatamente rumores tan deshonrosos para el Rey como para su esposa, respecto á que aquella niña era el fruto de las familiaridades de D. Beltran de la Cueva con la reina.

Pocos meses antes, los infantes D.^a Isabel y D. Alfonso, hermanos del Rey, fueron conducidos á la corte por instigacion del marqués de Villena y del arzobispo de Toledo, los que habían formado ya respecto á ellos, proyectos, que mas adelante tendríamos ocasion de conocer.

(1) Lafuente.—Historia de España.



DESTRONAMIENTO DE D. ENRIQUE IV POR LOS CONFEDERADOS DE ÁVILA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 94 y 95.